

El que merodea en la lluvia, de HUGO CORREA.
Editorial Zig-Zag. Santiago, 1962.

La literatura y el arte en general están grávidos de complejos "ismos". Con relativa fortuna, orientan los vuelos de la gran parábola literaria. En su médula está la imagen del hombre, con sus problemas y múltiples anhelos.

La idea de que la vida es la sombra de un sueño y de que los humanos no somos los unos para los otros, sino la invención de nuestros corazones, se ha convertido en triste o esperanzada verdad de nuestra era atómica, exultante de proyectos sin fin.

El funcionalismo literario y la cibernética han inspirado a escritores de fuste y de imaginación exuberante. Ahora, la ciencia-ficción combina las conquistas del espíritu científico y las cabriolas del tremendismo. Con tales impulsos y valores se construyen castillos, afincados en los soportes de una lógica, a veces discutible, que nos hace vivir en un orbe magnífico y original.

Ciertos autores de raigambre poética urden atrevidas metáforas. Sus burbujas siderales y cósmicas florecen en los vergeles de Urania. Algunas de sus figuras literarias se cubren de halos científicos. Decir que las estrellas son los ojos de un dios nómada se ha convertido en poético lugar común.

Los héroes de las novelas y cuentos de ciencia-ficción actúan provistos de un aliento vital cósmico. Son ingenieros magníficos, dominan las leyes de la química orgánica. Dotados de un humorismo fatídico, les dicen a los bípedos terráqueos que la vida, brotada hace milenios, quedó suspendida en los caminos interplanetarios. Cuando un haz de circunstancias se confabula, esa vida vuelve a manifestarse, si bien con signos específicos y excepcionales. He ahí los orígenes de un terror expansivo, moderna versión del miedo pánico que deambula, estremecido, por las páginas volanderas de varias mitologías.

En los estratos modernos de la ciencia-ficción se anotan los nombres de George Wells y T. S. Eliot.

El primero se anticipó al sentido estético y social de las conmociones planetarias. El segundo fijó en sus poemas la concepción rítmica y total del universo, señalando un camino para la atomización del espíritu y de las sensaciones.

También se capta el rumor ideológico de algunos novelistas norteamericanos. Tales, por ejemplo, James Branch Cabell y Eudora Welty, ambos lanzados al deporte de flotar entre las revueltas linfas de la imaginación. Y desde lejos, la noble figura de Julio Verne.

Un escritor chileno, Hugo Correa, ha publicado su novela *El que merodea en la lluvia*. Es una obra de ciencia-ficción, concebida un tanto al margen de las complicaciones científicas. En cambio, tiene una riqueza de valores humanos, todos ellos verídicos, realizables en los marcos y coordenadas de nuestro cotidiano vivir.

Hugo Correa ha sabido combinar la posibilidad del fenómeno biológico con la complejidad conceptual, amorosa y erótica del "bípedo implume", que vive y muere prisionero de los paisajes terrícolas. Cuando la obra pali-

dece en su calidad de construcción fantástica, el valor humano se instaura. El lector nota esa permanente oscilación. Pronto se acostumbra al ritmo novelesco. El suspenso no cede ni un momento. ¿Acaso será cierta la extraordinaria invención del novelista? ¿Por qué no aceptar la posibilidad como riesgo? ¿La hibernación no revalida el solitario encanto de la vida suspendida?

Las novelas de ciencia-ficción no deben ser contadas. Tampoco las encrucijadas policiales pueden ser leídas, partiendo de su última página. Desbaratar el misterio es obra de conciencia paupérrima. Quede, pues, entre cenizas, el argumento de la inteligente ficción de un autor chileno que, de un solo golpe, desbroza el camino de la habitual literatura criolla.

Nadie ignora que se han lanzado señales hasta los astros que forman el cortejo solar. Si alguna vez se recibiese una respuesta habría llegado el momento de rehacer nuestras conquistas filológicas, porque todo el normal juego metafórico no serviría para gran cosa.

Desde lejanos confines llega hasta la Tierra el rumor de ondas magnéticas. Esos ronroneos son la voz desvanecida de algunos astros, que brillaron hace milenios, pero ya fenecidos para las siderales galas. En las hondonadas de las cordilleras terráneas reposan los aerolitos, chirras viajeras, que nos hablan de soles apagados. Los hombres de ciencia identifican, en su entraña, los clásicos elementos que dieron prestancia a las células. Imaginación y problema se funden. Ciencia y fantasía crean una simbiosis de luz y de sombra. En esas canteras están los materiales, sólidos y endebles, que utiliza la ciencia-ficción. Si el autor no es hombre de inteligencia viva, sus esculturas no pasan de ser ridículos monigotes.

El que merodea en la lluvia tiene un personaje fantástico. ¡Qué importa su irrealdad! Como estos protagonistas ausentes que jamás llegan a plantarse en la escena, realiza el prodigio de captar todas las atenciones. Semejante resultado se consigue a base de técnica novelesca. Hugo Correa enfoca con seguridad los blancos de la emoción y del misterio, de la fantasía y de una lógica que brota de los entresijos del radar y de los fondos deslumbrantes de los reactores.

La luna, frígida, huraña y sin vida, es uno de los símbolos de su novela. Quédesse el dato como alusión, como origen de mitos y teogonías.

En los albores de la civilización griega, se dijo que dos Lunas habían brillado en el cielo. Una de ellas fue tragada, deshecha por las conmociones planetarias.

Los creadores de mitologías se apoderaron del bello prodigio sobreviviente. Para los esquimales, la luna tuvo virtudes fecundantes. Las mujeres concebían sus retoños, con sólo recibir los guiños del blanco satélite. Ese poder, entre maternal y varonil, ya fue intuido por los egipcios.

En plena eclosión del romanticismo, raudales de lágrimas fueron vertidos por individuos sensibles. Hasta que los escritores modernistas ajaron las blancas caderas de la Luna, para recortar juguetones collares y anillos caprichosos.

En nuestros días, la ciencia ha vulnerado los secretos lunares. Su faz

oculta fue sorprendida sin maquillaje. Diríase una gentil belleza traicionada en su intimidad.

Pero ahí están los novelistas, que cultivan la ciencia-ficción, para devolver su misterio vivo.

Hugo Correa ha escrito un libro denso en valores humanos, enriquecido con disquisiciones científicas. Ninguna de las dos posiciones ahoga ni entorpece a la otra. En su novela se destacan "el oficio", el plan bien trazado, un sentido del ritmo, un loable deseo de no colocarse a cuerpo descubierto en los enrejados de la ciencia biológica. Seguramente el autor se detiene en los primeros tramos de la posibilidad. Por eso, *El que merodea en la lluvia* no es una fantasía deschavetada.

Su estilo es funcional. Un hablar llano, un decir encubierto y el suspenso que avanza y sigue.

Vicente Mengod.

El relato de la Pampa Salitrera, por YERKO MORETIĆ.

Ediciones Litoral. Santiago, 1961

Aunque el comunismo sea "intrínsecamente perverso", y este libro, por franca declaración de su autor es "parcial", hay que enjuiciarlo como obra literaria escrita por un crítico certero y de buen gusto como no hay muchos en nuestra literatura vernácula.

Moretić estudia en este ensayo a los diversos autores que se han ocupado de los agudos problemas sociales de la pampa salitrera, cualesquiera que sean las ideologías profesadas por ellos; pero el crítico da naturalmente grande importancia a "los escritores que advierten y transcriben, en varios casos, con manifiesta simpatía el nacimiento y desarrollo del proletariado como clase que llega a ser, según la clásica expresión, clase en sí y para sí, con objetivos políticos definidos en progresivo fortalecimiento orgánico y teórico". Lógicamente Moretić simpatiza más con estos últimos autores, y no debemos extrañarnos por ello, porque en Chile todos somos muy aficionados a "llevar el agua a nuestro propio molino"; sin embargo, contrariamente a lo que alguien ha dicho, el autor pugna por ser objetivo y en cierto modo lo logra.

En un castellano claro, sencillo y sobre todo sin manoseados galicismos, estudia con verdadero espíritu crítico las obras de aquellos autores de mayor y menor cuantía que han escrito sobre la Pampa Salitrera, desde que se constituyen en el norte de Chile las diversas fuerzas sociales, máxime las de avanzada cuyo predominio comenzó a principios del presente siglo. El ensayo divídese en dos partes: en la primera trata "el ascenso mesocrático" y la segunda, tres veces más extensa que la primera, "el surgimiento del proletariado".

Moretić, sin contemplaciones con sus correligionarios, dice la verdad acerca del valor estético de las obras. En lo que él denomina "realismo in-